

Cada uno de los tripulantes deja de ser él para ser hombre con el hombre de todos los tiempos: con el inventor de la rueda, ávido de conocimiento; con el medieval, religioso y místico; con el moderno, para quien «Dios ha muerto»; el ideal de superación con todos los que, mirando hacia el futuro, quieren ser más de lo que son hoy.

En el acto II se acentúa el ambiente de frialdad; al alzarse el telón la escena aparece vacía. Los cinco miembros del equipo salen y entran en silencio por las distintas puertas. Se va apoderando de ellos una extraña nostalgia de la Tierra. El silencio se hace opresor; van proclamando todos su miedo a la soledad, su debilidad... la tensión entre Horacio y su mujer se acentúa hasta que queda al descubierto la infidelidad de ella. Horacio se enfrenta a Hugo insultándolo y éste en un momento de enajenación estrangula a Horacio.

Esta obra nos recuerda a *Entre nosotros* en varios aspectos, entre ellos, que una mujer juega un papel central. En ambos dramas encontramos un equipo de descubridores, en uno, en busca del pasado, en otro, del futuro. Los dos se desarrollan en la distancia, distancia de nuestra civilización actual —una forma de aprender de nosotros mismos sin la distracción de la sociedad actual—. La empresa de ser hombres, parece decirnos Laín, es ir descubriendo en cada circunstancia su verdad, y tratar de descubrir su propio destino siendo fiel a sí mismo: si uno no experimenta el proceso de autodescubrimiento —a través de la introspección y con gran determinación de cambiar— uno será siempre el mismo, ayer, hoy o mañana; siempre será igual.

Los personajes de *Entre nosotros* buscan la convivencia y la amistad de un modo racional, y acaban triunfando en su empresa; en el viaje a Marte, sin embargo, los personajes se encuentran agitados por las viejas pasiones que siempre agitaron el corazón humano. Después del interludio, la emoción y la magia del momento dejan paso a la decepción y la pérdida de entusiasmo (este fenómeno se repite en *Las voces y las máscaras*).

En este momento, Hugo dice a Theo: «En Marte o en la Tierra, somos hombres y tenemos pleno derecho sobre nuestra conducta», y Hugo solicita «una inyección de compañía». Theo al comienzo quería ir a Marte a morir en un «Reino del Hombre sin falsas ilusiones ni falsos temores; un astro donde sólo haya hombres dueños de sí». Después viene a confirmarse el concepto axiomático de Laín sobre «el hombre religado a Dios» cuando el mismo personaje comprende que... «Dios, en la Tierra, es todavía una convención útil». Incluso después de que Theo ha estrangulado a Horacio, Yan se muestra esperanzada en el espíritu de la misión que les lleva a Marte; «Aquí estamos los hombres. Con nuestro pobre ánimo y nuestra mala pasión, con palabras que hieren y manos que matan. Pero también con nuestra inteligencia, con nuestra capacidad de sacrificio, con nuestra sed inextinguible de ser más».

Esta obra demuestra la capacidad de Laín para profundizar en el alma humana. En este sentido, Horacio es el personaje más conseguido; él es un intelectual sereno, noble e inteligente, pero consciente de sus debilidades humanas; su consigna es «dejar en buen lugar al género humano». Sincero y fiel a sí mismo, es al mismo tiempo fiel a los otros, y descubre que ser hombre es sentir la soledad y no ser capaz de estar solo. Ante la reacción impulsiva de Theo que pretende abandonar a Nora y Hugo en el planeta solitario, él se reafirma en sus creencias religiosas y confiesa que el hombre no es dueño

de su propia vida, aunque puede acabar con ella. El admite ante su esposa, Nora, que «el fracaso de su carne» le impide darle el hijo que ella desesperadamente desea, y que este fallo —que no es una culpa moral— no puede ser remediado a través del diálogo y la amistad, que él está siempre dispuesto a ofrecer.

Nora es un personaje unidimensional, representación típica de la mujer obsesionada con la maternidad, como ocurre en *Yerma* de García Lorca. Yerma estrangula a su marido, aquí Nora utiliza al amante —indirectamente— como instrumento de la muerte de Horacio. Ella aparece como responsable del fracaso de la misión científica, así como del fracaso de la convivencia del grupo. En el último párrafo del *Buscón*, Quevedo pone en boca de su protagonista, que marcha a América a mejorar su suerte: «... Y fueme peor, pues nunca mejora su estado quien muda solamente de lugar, y no de vida y de costumbres». Este podría ser muy bien el mensaje central de *A la luz de Marte*.

En este drama, como en *Las voces y las máscaras*, Laín crea la tensión dramática a través del diálogo conciso, que de esta forma expresa sus ideas de una forma clara y elegante. Usa con eficacia el recurso de la luz en escena para acompañar los momentos más intensos de la acción; esto es más evidente en el brillante interludio, donde los sonidos y el silencio de la Naturaleza acompañan la tensión dramática, como el viento silbante que chocando contra la nave es una fuerza profética que amenaza al hombre en su soledad, acentuando su indefensión y sus miedos.

El argumento de *El Empecinado* es el siguiente: Juan Martín, «el Empecinado», es un importante jefe de la guerrilla que lucha contra las tropas de Napoleón en la Guerra de la Independencia. Se nos presenta su evolución vital en seis estampas, cada una de las cuales lleva un título representativo de la idea que se escenifica. Las tres primeras se desarrollan en el otoño de 1811; la primera, «La ley de la guerra», nos muestra a Juan Martín castigando duramente a aquellos de sus hombres que han aprovechado la lucha armada para satisfacer sus deseos personales de venganza o para enriquecerse. Por este motivo uno de sus soldados, «el Tuerto», es ejecutado, sirviendo esto de castigo ejemplar.

En la segunda estampa, «Hombre soy», Juan está con Olalla; ella ha sido durante la lucha su tranquilidad y su consuelo. En este momento, uno de sus hombres viene a anunciarle que han interceptado un carruaje francés con una aristócrata francesa —Mme. Duval— que viaja en él sin escolta. Esta mujer resulta ser una ex amante de nuestro héroe, con la que mantiene un diálogo inteligente sobre el amor y la libertad, ideas sobre las que él aprendió de ella en el pasado.

En la tercera estampa, «Entre mi enemigo y yo», un prisionero perteneciente al ejército francés trata de escapar y es capturado de nuevo; se trata de Diego Baeza, un español que lucha al lado de Napoleón. En el juicio al que le someten, Baeza proclama sus ideales de justicia y libertad, los mismos por los que lucha Juan Martín, y que según él, nunca se lograrán bajo Fernando VII. Se le considera un renegado y es condenado a muerte.

Han pasado doce años y en la estampa IV, «El alma partida», Juan Martín se ha convertido en general de Fernando VII que lucha contra una nueva invasión francesa, la de los *Cien mil hijos de San Luis* que han sido llamados para ayudar al rey español.

Juan Martín quiere detener el avance de estas tropas y convencer a Fernando VII de la necesidad del estado de paz y libertad para todos los españoles. Para ello, trata de ganarse el apoyo del poderoso líder guerrillero «el cura Merino», pero éste, tradicionalista radical, se niega a ayudarlo.

La estampa V, «Todo era posible», se desarrolla en 1825. Fernando VII y sus apoyos franceses han triunfado, y se vive bajo un régimen de absolutismo. El «Empecinado» es paseado en una gran jaula de pueblo en pueblo para servir de escarnio, acusado de traidor al rey. Trágicos momentos en los que aparece Olalla en escena proclamando su amor por el condenado.

En la última estampa, «Honra de muerte», Juan Martín es condenado a muerte en Roa. Tras su confesión, muere clavándose accidentalmente la espada con la que siempre luchó. Olalla, está presente y promete mantener viva la llama de los ideales del guerrillero.

En mi entrevista con Laín —en *Papeles de Son Armadans*— el autor manifestó que *El Empecinado*,... «bien interpretado, lograría penetrar con cierta fuerza en el público español». Laín planeó este drama como el primero de una posible trilogía de carácter histórico (los otros dos serían sobre La Semana Trágica de Barcelona (1909) y sobre la Guerra Civil de 1936).

En su *Descargo de conciencia* vuelve a mencionar su convicción sobre el impacto que este drama del guerrillero podría lograr en el público, pero no menciona ya la posibilidad de escribir otras obras de carácter histórico. En todo caso, este drama ya nos revela de una forma sutil, pero clara, el fracaso de la guerra civil española como solución histórica al problema de la justicia y la libertad en España.

Juan Martín representa el ideal de la honradez y la libertad, luchará hasta el final por sus ideas y pagará por ello el más alto precio, la vida. Este hombre valiente, justo y generoso con sus subordinados, nos recuerda al Cid, con el que se le relaciona en el romance salmodiado por el Ciego en los preludios a las estampas IV y VI. Es atento y considerado con los suyos y capaz de amar a una mujer, Olalla, que por su parte, encarna la fidelidad —tema tan querido de Pedro Laín—. Ella representa además un aspecto de lo motivador para un hombre —el «ánima» en términos junguianos—, lo que empuja al alma masculina a conseguir sus metas heroicas.

Esta «Dulcinea» de nuestro héroe guerrillero mantiene la esperanza en los ideales de su amado, cuando al final de la obra promete: «... ¡Juan Martín, viviré por nuestro pueblo, por tu España!... ¡Juan Martín, viviré por ti!»

Aunque nuestro patriótico héroe quiere restaurar la monarquía legítima de los españoles, desea también un sistema constitucional donde la libertad de todos los españoles esté garantizada. Este concepto de la verdadera libertad lo ha aprendido, en parte, de Mme. Duval, que procede de un país donde el sistema político ha alcanzado unas cotas de libertad que en España no se habían logrado. El propio renegado, Baeza, quiere «una España libre, ilustrada y próspera» en consonancia con los ideales del Empecinado, y llega a vaticinar que Fernando VII se convertirá en un tirano. Cuando defiende su concepción de «... una España con más libertad y menos pobres», está reflejando el concepto de Laín de una armonía del «nosotros».

En la estampa VI, el Romance de ciego es el lamento de una triste ironía: los que antes lucharon juntos contra Napoleón, una década después, en 1823, luchan entre sí, hermanos contra hermanos:

Seis años duró la guerra,
 todo es sangre, todo es llanto,
 pero al fin los españoles
 ya han hecho rey a Fernando.
 ¡Qué mal señor este rey!
 ¡Juan Martín, qué buen vasallo!
 Los que la guerra juntó,
 la paz los ha separado;
 Constitución quiere el uno,
 Altar y Trono su hermano,
 con todos hace su juego
 Don Fernando el Deseado.
 Para ahogar la libertad,
 tropas de Francia ha llamado...

En la cuarta estampa nos encontramos enfrentados a Juan Martín, con sus ideas de libertad, y al cura Merino, un tradicionalista que aboga por el absolutismo y el restablecimiento de la Inquisición. Siguiendo el viejo concepto de «la Guerra santa» —que procede de la Edad Media— el cura Merino busca «la paz de los creyentes fieles y honrados», lo cual se consigue con la espada. Para el Empecinado, Dios no puede querer esto; no puede aprobar la división de los hombres en guerras fratricidas causadas, en definitiva, por aquellos que quieren eliminar «... a los que no piensan como uno». Estas ideologías irreconciliablemente enfrentadas caracterizan a las dos Españas que chocarán dramáticamente en la Guerra civil de 1936. La muerte de nuestro héroe coincide significativamente con la muerte de la Constitución y la libertad. El Ciego, que «ve» la verdad más allá de su ceguera —como los ciegos de los dramas de Buero Vallejo— es la voz de Laín y la conciencia de los españoles.

Poco antes de morir, sus últimas palabras tienen el peso del testimonio de un mártir: «... Dios mío, permíteme que muera por mi pueblo; por una España con más libertad y menos pobres».

Concluyendo, vemos cómo el teatro de Pedro Laín Entralgo es un teatro de ideas, que representa las teorías del autor sobre el comportamiento humano. Así, además de los grandes temas de la convivencia, la esperanza y el hombre religado a Dios, encontramos los temas paralelos de la importancia de la auténtica comunicación humana hacia la amistad, la necesidad de una integridad personal, el ataque a los prejuicios raciales y religiosos, y la necesidad de los otros para la autorrealización.

El tema de la convivencia constructiva se repite en toda su obra dramática. En *Entre nosotros* se hace posible cuando Sir Philip vuelve a Inglaterra víctima de su falso concepto de la dignidad humana, que había impedido la franca voluntad de los otros de conseguir una auténtica amistad. En *Cuando se espera* y *El Empecinado* la posibilidad de la amistad se enfrenta con guerras fratricidas; en *Judit 44* y *Tan sólo hombres* depende de la intolerancia religiosa; en *Las voces y las máscaras* la auténtica amistad no puede ser lograda porque los protagonistas, excepto Alberto, no tienen el valor de luchar por lo que desean ser; y en *A la luz de Marte*, el problema personal de Nora se

convierte en una obsesión que le impide relacionarse con los demás satisfactoriamente.

La esperanza, inextricablemente vinculada al concepto del hombre religado a Dios, se encuentra en casi todas estas obras, pero no aparece en *Las voces y las máscaras*, que termina con el fracaso del experimento de Alberto. En los demás dramas la esperanza aparece incluso cuando los personajes principales mueren (María de Leoven, Judit, Horacio y Juan Martín). El concepto del hombre religado a Dios, vinculado naturalmente al concepto de esperanza en la concepción antropológica de Laín, aparece claramente plasmado en *Judit 44*, *A la luz de Marte* y *El Empecinado*. La necesidad de una sociedad justa y democrática es muy obvia en *El Empecinado*, pero es muy clara también en *Cuando se espera*, *Judit 44* y *Tan sólo hombres*.

En todas las obras, hay uno o dos personajes que presentan las tesis del autor sobre la convivencia y la esperanza. Pablo, Roberto, Alberto, Molitor, Judit, Máximo, David y Bob, Horacio y Juan Martín hacen este papel de portavoces. Son gente racional e inteligente; en general son los que buscan la convivencia constructiva, invirtiendo en ello mucho de sí mismos, hasta el sufrimiento y el sacrificio. Los pensamientos de Laín también aparecen bajo la forma de figuras alegóricas que hacen un papel como el de los coros del teatro clásico griego. Al final, el mensaje de *El Futuro* es un mensaje de esperanza: «Esto vengo a ser yo cuando me hago presente». La Voz de *Las voces y las máscaras* no ofrece esperanza en sus comentarios, en medio de una acción dramática donde predomina el miedo a ser uno mismo. El Ciego, quizás el personaje alegórico más gráficamente representado, no sólo nos narra lo que ocurre al héroe en el *Romance*, sino que nos retrotrae a la figura legendaria del Cid.

Hemos visto, también, cómo varias heroínas juegan un papel importantísimo en las obras. Diana es el eje central de la trama que hace surgir la amistad auténtica entre los arqueólogos. Judit clama justicia para el pueblo judío, y llega a sacrificar su vida en el fallido intento de matar al hombre que simboliza la tiranía del nazismo. La dificultad de comunicación de Nora con su marido, así como su obsesión por la maternidad hacen desembocar la acción en la trágica muerte de éste. Por fin, tenemos un personaje fiel y compasivo, Olalla, que juega el importante papel de ser el soporte del héroe guerrillero en la adversidad y que se constituye en la esperanza de los ideales de él por una España libre y justa.

El teatro de Laín se caracteriza, en otro nivel, por su estilo, claro, preciso y, a veces, poético. Algunos personajes son reales y convincentes, aunque generalmente pecan de demasiado intelectualizados, al tener que plasmar las ideas del autor y estar al servicio de éstas.

En cualquier caso, creemos muy recomendable que estas obras olvidadas de Pedro Laín puedan mostrar al público otra dimensión de sus conocidos libros de ensayo. Son en realidad ensayos dramatizados, que, aunque no susceptibles de competición con los autores teatrales más establecidos en España, merecen una lectura si uno quiere conocer de forma completa el rico mundo de ideas de Pedro Laín Entralgo y la evolución vital de un pensador comprometido.

Donald W. Bleznick